



-Querido, Juan Ramón: como me esté un momento más callada, estallo y como no tengo ganas de estallar, aquí va esto que usted llamará carta.-

NO se sabe con certeza si fue el año 1912 ó 1913 cuando se encontraron Zenobia Camprubi y Juan Ramón Jiménez. El hecho es que se vieron por primera vez en la Residencia de Estudiantes de la calle Fortuny. Zenobia iba acompañada de los Byne, un matrimonio norteamericano, vecino de Juan Ramón, en la calle de Villanueva, donde por entonces vivía el poeta. Al acabar una conferencia, cuando el público asistente se marchaba, Juan Ramón oyó una risa fresca de mujer en la sala contigua y aquella risa alegre lo atrajo. Entró y encontró a sus amigos acompañados de una joven. Tras las presentaciones, los dos desconocidos entablaron una animada conversación sobre el Monasterio de la Rábida, tema de la conferencia que acababan de escuchar. Cuatro años antes Zenobia había vivido allí, cerca de un año, siendo su padre ingeniero jefe del Puerto de Huelva. Entonces estuvieron a punto de conocerse en una visita de Juan Ramón acompañando al pintor Sorolla a ver los jardines. Al cabo de dos horas, todavía charlaban tan animadamente como al principio. El poeta estaba fascinado por aquella joven rubia, esbelta de cuerpo y de espíritu, de conversación brillante y agradable. El hombre tuvo plena conciencia de que el amor acababa de asaltarle su corazón sin previo aviso. En ella había «tomado forma esa mujer que siempre me sonrió desde las estrellas», le escribiría poco después. Y, espontánea y llanamente, le declaró su amor, esa misma tarde.

ANTONINA ROGRIGO

EL NOVIAZGO DE ZENOBIA Y JUAN RAMON A TRAVES DE SUS CARTAS

ZENOBIA Y JUAN RAMON

Vístase de torero

La atracción fue mutua, pero la conquista de la amada no iba a ser fácil. Sus temperamentos eran la luz y la sombra. Zenobia, alegre, optimista, práctica, dinámica, culta e inteligente. Juan Ramón, soñador, contemplativo e introvertido, pesimista por naturaleza, de una gravedad imponente. Ella se dispuso a hacerle descender de su nube, para que palpase la realidad, mientras que él, posesivo y apasionado, tiraba de ella para llevarla a su hermético universo. La lucha se entabla enseguida, desde las primeras cartas cruzadas: «Querido amigo Juan Ramón: Como me esté un momento más callada estallo, y como no tengo ganas de estallar, aquí va esto, que usted llamará carta, o algo menos chino, pero que yo llamo un rompimiento colosal del dique de mi paciencia y un desbordamiento igualmente colosal de mi ira, indignación, furor, etc. (etceteroum) (yo me he de reír hasta cuando rabio). ¿Por qué está usted siempre con esa cara de alma en pena? ¡Es usted un egoísta de primera! ¡Caramba! No le da la gana de ver más que lástimas en el mundo. Hasta yo me pongo triste... conquédiga usted! Si a usted lo que le pasa es que necesita salirse de la dichosa rutina cariacontecida de su interior, yo le voy a curar a usted de raíz, pero

de raíz. Sálgase de una vez de su cuarto tenebroso (para usted tenebroso, aunque tenga 6 ventanas y un arco voltaico) de la calle Villanueva, y váyase al Escorial, a Moguer y después a la Residencia —¡pero, por Dios, enseguida! Y cuando vuelva a Madrid después de haber respirado un poco el aire del campo, yo me encargo de que no le vuelva a dar la tristeza. No le voy a dejar parar. ¿Para qué le sirven a usted sus benditos versos? Si fuera verdad que encima de un asno le floreciera el corazón... pase... pero si a usted no le florece el corazón nunca. Si fuera usted un almendro, un peral o siquiera un magnolio... pero si es usted un ciprés, más parado y sombrío que los del Generalife. Déjese de tristezas una temporada y véngase a jugar con todas mis amigas andaluzas y conmigo. Ya que se enfada porque le digo que quiero que se enamore de una de mis amigas —lo desdigo—. No se enamore usted de ninguna, pero deje que le sacudamos un poco esa tristeza. Sus amigos deben de ser todos una serie de lechuzas o no se lo hubieran tolerado a usted. Si yo fuera su hermana... cuando viniera a casa cogía todos los cojines de la sala y lo estaba bombardeando hasta hacerlo reír.

«Anoche no pude terminar mi carta y hoy la concluyo en casa de Josefina.

Nos vamos a comprar un par de castañuelas para mandárselas a usted. Acabo también de recibir su carta: 'Frater Luna, si en eso estamos desde que lo conocí'. Usted se parece tanto a mi hermano mayor que muchas veces no sé cuál es cuál. Y ¿quién le ha dicho a usted que yo me voy a casar con nadie, pájaro de mal agüero? ¡En eso estoy yo pensando! ¡Y aquí en España! ¡Enseguida! ¿Por qué no será usted una muchacha Dios Santo? No se vaya usted con Ortega Gasset, váyase con Jaén o con cualquiera que no sea otro sauce como usted. Póngase a escribir seguidillas, vístase de torero y plántese en la calle de las Sierpes a echarle piropos a todas las inglesas feas que desfilan por allí.

¡Alegrémonos de haber nacido!
'Frater Sol'» (1)

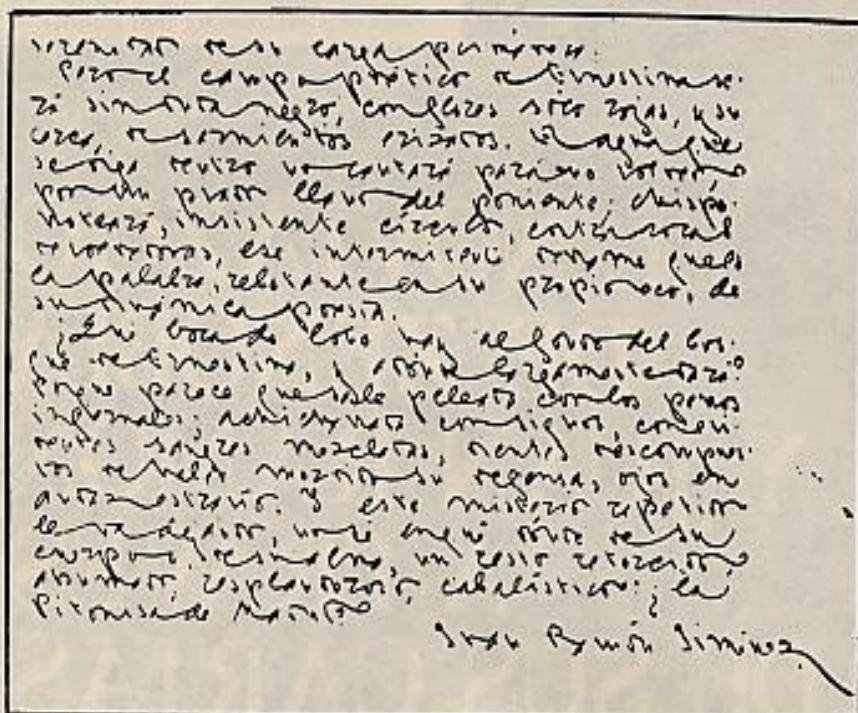
«Yo seré lo que tú quieras»

Juan Ramón le contesta reprimiéndole lo que él llama «frivolidades»:

«Hermana Zenobita (los hermanos no pueden llamarse de usted; y lo suprimo ya para siempre).

«Llena la frente de estrellas, después de haber estado cerca de ti dos horas, cuando has cerrado el balcón rojo, me he venido hacia casa despacio y triste, triste aunque te parezca mal, ¡reina de la risa! El balcón de tu alcoba, oscuro y hondo, seguía abierto... ¡Con qué pocas dichas se contenta a veces el corazón, el corazón que subió tanto!... Muy alegre estabas hoy cuando me escribiste tu carta. Te la agradecía con toda mi alma, pero cuando la terminé me eché a llorar. No es una carta tierna ni dulce. De haberlo sido, me habría puesto más alegre. No, Zenobita, no es que yo sea fúnebre siempre. ¿Me quieres decir qué tiene uno en el corazón de vuelta de esas frivolidades a que, tan muerta de risa, me invitas? Por ejemplo: Esta carta en verso de X ¿qué compensación puede tener? ¡Hay

Autógrafo de Juan Ramón.



(1) Esta carta y las siguientes forman parte de las cruzadas entre Juan Ramón y Zenobia desde que se conocieron hasta que se casaron, publicadas por Ricardo Gullón, en su interesante estudio Monumento de Amor, nombre con el que el poeta de Moguer quería publicar un libro en verso y en prosa, formado por el epistolario, de ambas partes, de su período de noviazgo con Zenobia. «La Torre», Revista general de la Universidad de Puerto Rico, n.º 27, julio-setiembre, 1959, pág. 151-246.



Zenobia, en la época en que conoció al poeta.

tantas cosas que están por hacer, que nadie hace, mientras tanto! Tú, la bien dotada, ¿qué vas a hacer de tu vida? ¿Qué sacas en limpio de esas charlas con esas amigas 'tan simpáticas' que no han podido comprender al Greco! No soy un maestro de escuela, pero tú sabes bien que el espíritu es una realidad, que existe, que puede ser mucho y que está esperando serlo. Recuerda las palabras de Leonardo da Vinci: **Como un día bien empleado da alegría al dormir, una vida bien usada da alegría al morir.** Tú eres mucho y tienes la obligación de serlo. ¿Qué satisfacción puedes hallar hablando con personas cuyo espíritu anda tan lejos del tuyo? Quieres también, y bien sabe Dios como te agra-

dezo tu buen deseo, que yo haga lo mismo. ¿No te da pena hacerlo tú y pensar que yo lo haga? Buen sermón -dirás- y para nada. ¡Ay! La verdadera alegría está más dentro, Zenobia, y dura más. No se acaba, ni se cansa con el cuerpo. Esta es la que yo quiero, la que no se acaba nunca. Es inútil que nos olvidemos de esa gracia interior por la que podemos crear el infinito. El castigo está en el mismo olvido. Sólo hay un retorno alegre: el del trabajo espiritual. No quiero decir que tú no goces con la venta o con el hallazgo de un capitel o de un canecillo, pero seguramente estarías más alegre cuando el portugués del hospital te miraba y te hablaba de la gloria, cuando te escribía el niño de la Rá-

vida, cuando Catalina te decía que tu retrato le había saltado las lágrimas. Y si llevaras a esas amigas tuyas a un estado superior, todo estaría bien; pero estar con ellas -¡o con ellos!- por 'pasar el rato', amoldada un alma como la que tienes a las tuyas, es sencillamente una bajeza. ¡Perdóname! ¡Te quiero tanto, que querría que tu luz lo inflamara todo y que a ti nada te oscureciese! 'Póngase a escribir seguidillas, vístase de torero y plántese en la calle de las Sierpes a echarle piropos a todas las inglesas feas que desfilen por ahí'. 'Alegrémonos de haber nacido' ¡Aún cuando todo esto sea una broma, aunque lo hayas escrito con la mejor de las intenciones, Zenobia, en serio te lo digo, ¿no te ha dolido nada al escribirlo? ¿Cómo puedes olvidarte así de ti misma? ¿O crees que eso puede ponerme más contento? De todos modos no me dejes sin ti misma. Te necesito como seas, como quieras ser, y yo seré lo que tú seas, sólo porque seas feliz. Si ahora mismo me dijeran que con mi muerte se conseguiría tu felicidad, la muerte me parecería tan dulce como tú misma. Y, antes de concluir: puesto que hemos convenido en ser hermanos, no te alejes así de mí. Te prometo no decirte nada más que cosas fraternales. Pero ¿por qué, si verte es mi alegría, no he de verte? ¿Por qué dejas pasar con los días este encanto ¡qué no vuelte! de las palabras buenas, de las miradas cariñosas, de las sonrisas deleitables? Ve a la Residencia, que nada haré que esté mal. ¡Y escribe a este hermano tuyo que sólo desea tu verdadera dicha!.

«Hermano Luna: -(tico)»

Las cartas de Zenobia son un estallido de vida palpitante que tratan de zarandear la gravedad de Juan Ramón, a quien con gracia e intención llama:

Querido Hermano Luna: -(tico): Tu carta es buena como tú, pero me haces reír -le dice-. ¿Es que te figuras que yo no hago nada porque trabajo riendo?... 'Lo cortés no quita lo valiente' ¿verdad? ¿Cree usted que hay algún trabajo superior a otro? Tal vez, pero yo no lo creo. Es el modo de hacerlo. ¿No cree usted que cuando compro cerámica estoy pagando jornales de alfareros?

ZENOBIA Y JUAN RAMON

Pero, al ir y venir con camarilerías, ¿cree usted que se me ofrecen pocas ocasiones de hacer cosas buenas por el camino?... Yo pienso en cada ocasión servir de algo. ¿Y usted cree que, con sus tristezas, usted hace algo mucho más bueno? ¿Usted cree que sus versos hacen a alguien más bueno? Yo estoy segura de que no. Anoche leí *Laberinto*. Lo leí porque lo había escrito usted, conste, que si no estoy segura que no lo hubiera «aguantado» hasta el final... Yo quisiera alegrarlo a usted porque esa antipatía y ese prejuicio que tiene contra lo que llama «frivolidades» no son más que el resultado de su ensimismamiento. Las frivolidades no son más que una capa exterior, lo que importa es lo interior, que es igual siempre, tomando el té o hablando con portugueses agonizantes. Si no nos rozamos continuamente con nuestros semejantes, nos ponemos raros, no le quepa a usted duda. No raro por tener dentro algo mucho mejor que los demás, sino raros porque nuestro aislamiento siempre nos hace creer que somos superiores y nos endurecemos en todos nuestros defectos.»

Durante casi dos años Zenobia rechaza afectuosamente el apasionado amor de Juan Ramón. Lo quiere, pero le cuesta seguirle por su oscuro «Laberinto» interior. El amor del poeta crece al filo de los días, debatiéndose entre la esperanza y la duda del amor no correspondido, y haciendo las mismas «tonterías» por ver a la amada, que cualquier otro enamorado:

«Esta tarde iré con Achucarro a la Castellana y me sentaré frente a tu casa -le escribe- ¡como tantas veces!, a ver si te veo sin que tú me veas. Estoy un poco más contento. Me basta con quererte yo. Te quiero como si en mi cariño estuviera el mío y el tuyo. Además, ¡se te puede querer de tantas maneras, que en una de ellas pondré la virtud de todas las demás! Puedes estar contenta de una cosa: me has hecho más bueno. Desde el día en que te conocí, no he tenido un mal pensamiento de ninguna clase. Me he cerrado de tal modo a la mujer, que, menos tú, todas me parecen repugnantes... A tu madre sí la quiero bien. ¡Qué buena es y qué razonable! Por cierto que tengo que darte de palabra un aviso sobre un asunto relacionado con ella. Me lo contaron ayer y me dio mucha pena. -Zenobia, di: ¿te piensas ir a América? Parece que no me quieres contestar a esta pregunta que

te he hecho ya tres veces. ¡No! ¿Verdad que no? -Jaén, que me escribe hoy, me da recuerdos para ti. Hoy estuvimos «ordenando» mi cuarto de la Residencia. ¿Me quieres «tener» mi retrato de Sorolla? ¿No lo «matarás»? -Ve mañana a la Residencia. ¡Si no importa nada! ¡Si es lo mismo viéndote que no viéndote! ¡Si te he de querer hasta que me muera, de un modo o de otro, lejos o cerca! Los hermanos pueden verse cada día. -Escribeme, dame la luz y veme sosteniendo «hermana rosa», «arbusto débil», («sí, débil»), «friolera» («¿cuántas mantas te echaste anoche?»), «poco pulso», «salud de dos días», «ángel de la guarda», «tanagra catalana», «Virgen de Italia», «hermana, madre, hija, chiquillo, pájaro, maravilla de mi vida! Tu hermano... hasta la gloria, J. M.»

«Gitanilla rubia»

En agosto de 1913 Zenobia y Juan Ramón se separan por primera vez. El poeta se va a Moguer y ella a Burguete, pueblo navarro, donde suele pasar los veranos con su madre. Con la ausencia física de su amor, aflora la melancolía de Juan Ramón. Su tristeza debía ser transparente, ya que, cuando su madre lo ve llegar adivina enseguida su mal: «¡Qué triste vienes, hijo!» y le recuerda aquellas vueltas del colegio «cuando llenabas toda la casa de alegría». Para el tono doliente de las cartas de Juan Ramón, por su amor no correspondido, Zenobia tiene una actitud desenfadada, con desplantes joviales e irónicos:

«A mi ilustre amigo Juan Ramón Jiménez, en muestra de honda gratitud, por haberle visto y oído reír en la memorable fecha del día 10 de agosto de 1913.»

Zenobia derrochaba buen humor frente a la impaciencia amorosa del poeta:

«Mi amor por usted crece como un niño -le confiesa-. Cada día me parece que ya no puede ser mayor y, al siguiente, ¡qué nuevas maravillas le salen, como flores, por todas partes! El día en que usted se acerque a mí de veras y yo sea «el hombre a quien usted bese por su voluntad», no sé adónde va a llegar la explosión de mi ternura y de mi fuerza. Acérquese a mí de una vez, «gitanilla rubia», sangre de mi sangre, como dice la copla popular, reina, vida, gloria!»

«Zenobia, vaya usted haciéndose a

la idea de casarse conmigo, no lo dude más, Zenobia, que yo estoy esperando su decisión como un hierro hecho ascua de amor y de anhelo. Ordene su pensamiento, llévelo como un cordero dócil, por el sendero en flor que va a mi alma. Allí tendrá usted su único paraíso terrenal y su paraíso celeste, pues que Dios estará con nosotros. ¡Venga hacia mí, Zenobia; no me deje solo, con los brazos abiertos, tembloroso de deseo y trastornado de pasión! ¡Que el tiempo corra, que vuele, hasta llegar el día en que usted me abra todo el tesoro de su vida interior! Entonces, echaremos el ancla en el puerto sosegado, y pararemos el reloj en nuestra alegría, para siempre. Zenobia, Zenobia, Zenobia! ¡Sea buena, sea fiel, sea tierna para mí! Cíerreme ya la herida y no me la entreabra una vez más -Adiós, Zenobia, que sea usted todo lo feliz que yo sería si usted quisiera. Déjeme besarla desde aquí, locamente. Un beso, otro, otro, cien hasta morirme en su boca fría.»

«La luna nueva»

Zenobia descubrió en *The Crescent Moon* (La Luna Nueva) de Rabindranath Tagore, recientemente galardonado (1913) con el premio Nobel, las grandes afinidades líricas del poeta hindú con las de su amigo de Moguer. Y se le ocurrió traducirle algunos poemas, segura de la gran sorpresa que iba a proporcionar a su pretendiente. Como presentía Zenobia, Juan Ramón se entusiasmó con Tagore y la animó a que tradujese el libro entero. Estimulada por él, también dio a conocer unos poemas, que firmó con sus iniciales, en la revista *La Lectura*, de marzo de 1915. Por esas fechas empezaron a trabajar juntos. Fue esta una razón decisiva para aproximar sus corazones y soldar sus almas. La colaboración entre Zenobia y Juan Ramón fue creciendo al filo de los días, hasta hacerse indisoluble. Ricardo Gullón que estuvo cerca de ellos dice: «En algunos aspectos de su vida y trabajo no se sabría precisar con exactitud lo que cada uno debe al otro.»

Se ha especulado sobre la participación de ambos en las traducciones. Desde un principio Zenobia tradujo directamente del inglés, lengua que conocía a la perfección, y Juan Ramón corregía el texto y le daba forma poética, a pesar de que Zenobia aparecía casi siempre como única traductora. En una carta de septiembre de 1915 podemos leer:



Juan Ramón y Zenobia, en Puerto Rico, en el año 1954.

«Sí. Todas las traducciones que hagamos de cosas bellas, las firmarás tú. Luego, has de hacer algo original, ¿verdad? Yo quiero que, en el porvenir nos unan a los dos en nuestros libros. Así viviremos 'aquí' siempre. ¿No te da esto alegría, dí? Que el nombre tuyo y el mío se fundan en la boca que los pronuncie, cuando ya no existamos en esta vida, ¿verdad?».

El éxito de *La Luna Nueva*, cuya edición se agotó en seguida, los animó a dar a conocer la obra de Tagore. Llegaron a traducir gran parte de ella, casi una treintena de libros: poemas líricos y dramáticos, teatro, cuentos y aforismos.

«La mañana que yo amanezca a tu lado»

Hasta 1915 Zenobia no accede a formalizar sus relaciones con Juan Ramón. El poeta, seguro ya del amor de Zenobia, parece humanizarse, como si se hubiese obrado en él el milagro que la mujer esperaba para entregarle su amor: el alejamiento de sus «introspecciones» y «ratos líricos». Es un Juan Ramón Jiménez capaz, ante las objeciones económicas de la novia para contraer matrimonio, de hacer cálculas de sus posibles ingresos futuros:

«Zenobia, vete haciendo a la idea de que nos hemos de casar este año que entra. Lo tengo por seguro. Yo pienso trabajar en lo que sea —entiéndelo bien— hasta reunir la cantidad que sea precisa. Ya sabes: para este año: 1.º Sueldo en la Residencia (lo creo seguro). 2.º Calleja (ahí va su

carta; por lo pronto, me da esa traducción). 3.º, América. Además: Los tres tomitos de Shakespeare a 100 duros cada uno. *Gitanjali* y *El Jardinerero*. El libro de la guerra. Dos libros, *Estío* y *Sonetos*, míos. Otro, mío, en «La lectura». Colaboración aquí y en América. ¡Y más, seguramente! Tengo pensados también otras combinaciones con Muller y con Sudamérica. Veremos. Fío, en absoluto, en mí. Pero es absolutamente preciso que nos casemos pronto. No sabes la paz, la fuerza, la tranquilidad, el tiempo que esto me daría. Piensa tú que tu presencia me es necesaria, Zenobia, que mi vida sin ti está falta de vida. La mañana que yo amanezca a tu lado, ¡qué nuevo va a parecerme el mundo! —El porvenir, además ¡nos traerá tanto y tanto! Ya tu verás.»

Y ella, mujer de sentido práctico, piensa:

«Si ganamos tanto dinero no lo gastemos, guardaremos lo mismo que si nos salieran mal las cosas, porque no tenemos seguridad de ganar tanto en el porvenir aún cuando creo que ganaremos más todavía, pero lo que sí sabemos de seguro es que nunca tendremos ocasión de gastar tan poco como ahora y hay que hacer «chulapico» como dicen aquí. Esta gente es ya demasiado interesada, pero bueno es imitarles en la práctica si no en el espíritu. Yo no habría pensado nada en el dinero si no hubiera visto la ruina que ha traído a nuestra casa el desorden.»

La Zenobia que claudica al fin, ante la impaciencia apasionada del poeta, es la mujer de siempre: alegre, activa, luchadora, segura, con iniciativas propias frente a cada situación. Con esta fuerza enorme cuenta Juan Ramón para sostener su crónica y aparente debilidad. A Zenobia se la advina ahora entregada sin ninguna reserva, dedicada con ilusión a sus negocios de antigüedades y objetos de arte, con cuyos beneficios cuenta para asentar bien la economía en común. Al mismo tiempo que hace traducciones y ayuda a Juan Ramón.

La boda

En las postrimerías de 1915, Zenobia y su madre viajan a EE.UU. a conocer a un nuevo sobrino, hijo de su hermano José. Poco tiempo después, Juan Ramón sale de Madrid, rumbo a Nueva York, para casarse con Zenobia. Pasa una semana en Moguer, junto a su madre y hermanos y el 30 de enero el poeta embarca en Cádiz:

¡Qué cerca ya del alma lo que está tan inmensamente lejos de las manos aún!

Así comienza Juan Ramón «Diario de un poeta recién casado», libro de su viaje transatlántico para reunirse con Zenobia. Hasta el último momento el poeta tuvo que vencer dificultades hasta lograr a la mujer amada, pues tras conseguir el consentimiento de la novia, hubo de convencer a la familia que tenía otras aspiraciones para su hija. El 2 de marzo de 1916 se celebraba la boda en la iglesia católica de St. Stephen de Nueva York. ■ A.R.